

Diario de un delirio*

Matías Salazar Mayorga

Luego de un largo día de trabajo, mi mente sale a flote del profundo océano de números que me encierran en la jaula del estrés. El camino hacia el paradero de buses se siente como un vacío que nunca acaba. Entre mi mirada perdida, una persona con aspecto de fallecido y un potente olor a azufre se me acerca y me dice con un tono agudo:

— Cada vez que intentas encontrar tu paz, en el fondo los demonios sufren y serás tú quien acabe con esto.

Pasé saliva, agaché la cabeza y, cuando volví a levantarla, aquel hombre se había sentado en un banco de madera. Su mirada intentaba atraerme, pero cuando reaccioné, el bus ya había llegado.

Mientras iba de camino a mi barrio, se subió un hombre a pedir monedas. En mi mente se generaba una opinión, aunque su historia no era como la de todos; era más

interesante, como para ganarse una propina...

— ¡Vecino, deme algo, por favor, estoy muriéndome!

Ese grito de ayuda hizo que mi corazón frenara su andar por un momento. Del susto, le di los 200 pesos que tenía en el bolsillo. El hombre, entre quejumbres y una tos incesante, repetía una frase:



** Este cuento fue ganador de una mención de honor en el Primer concurso literario de Uniminuto realizado el 14 de noviembre de 2025*

— La ciudad subterránea, el próximo Pompeya...

Volteé mi cabeza y, con mirada confundida, le pregunté:

— ¿Ciudad subterránea?

El hombre se intimidó, comenzó a salir agua podrida de sus orificios y las últimas palabras que dijo fueron:

— Satanás te encontrará...

Quedé en shock y, como en un pensamiento intrusivo, me bajé del bus. Tomé una ruta hacia el centro. Cuando llegué, un camino de personas en condición de calle caminaba en fila hacia un túnel abandonado. Con sigilo los seguí y una sombra con cuernos me incitaba a entrar.

En el camino subterráneo, pedazos de piel me recibían con amor. Las máscaras creadas con piel

humana expresaban diferentes sentimientos que me transmitían pureza y paz interior. Unos pequeños seres me llevaron a un templo donde el rey del inframundo me enaltecía con sus palabras: — ¡Oh, querido guerrero! Nos has librado de la gente impura. Aquel indigente en el paradero y ese molesto mendigo no eran más que un estorbo. Has pasado el nivel y, desde ahora, serás quien gobierne este lugar.

En la cárcel La Modelo, desde afuera de su celda, están el detective Castillo y el comandante Guarnizo. Uno le dice al otro:

Guarnizo: Y así es como se la pasa todo el día, creyéndose que es el rey del inframundo, justificando el asesinato de un habitante de calle y de un pasajero en un bus.

Castillo: Sigámosle la corriente... entreguemos su alma al diablo.

La ciudad del Sagrado Corazón

Matías Salazar Mayorga

Viajando en el tren rojo, en las inmediaciones de una ciudad habitada por la penumbra sureña de la pobreza y la claridad norteña de los “estudiados”, condenada a vivir en “paz” con todo el mundo, obligada a soportar el día a día, donde el humo opaca las ideas y el sentido de la vida es sobrevivir.

El lema de esta ciudad resume sus problemas, “el miedo nos mantiene vivos”, la noche es escenario de cierre de tratos, fiestas, diversión, amor, asesinatos, robos, ente muchos otros aspectos que se oponen la idea de un mundo desarrollado.

Un jurgo de personas que creen ser chirriados, pero en realidad son víctimas de eventos pachucos, como madrugar y creer que este acto es una machera, salen corriendo a camellar, chicaneando ropa de segunda en el Volvo rojizo, quejándose del sistema, diciendo

cosas como “¡Ala!, que chanda de transporte”, pero al llegar a su empleo con rapidez, todo cambia por un “Ah carachas, esto es incómodo, pero sí que rinde”.



El cachifo de las zonas de los santos, San Cristóbal, toma su asueto para trabajar y salir adelante, mientras que el chico estudiado del Chicó Norte, toma su tiempo libre para aprovechar la pachorra que sus taitas le recompensan con videojuegos que vuelven al muchacho un muérgano.

Don José María Céspedes, “el general moribundo” como es conocido en la Cra. 7 # 11- 10, donde el ambiente cultural del arte y las sustancias lo convierten en lugar de llamas candelarias, don José se hospeda en su palacio donde no hay justicia, donde se discute por quién le hace más daño a su ciudad o a su



localidad, donde el más sabio es quien duerme más y no el que más sabe. El apodo de Céspedes “el general moribundo” se le atribuye porque desde la época de Rojas Pinilla la muerte lo persigue, ya sea en balas o en bacterias, se dice que tiene más de 100 años y ha evidenciado todos los problemas que recibe esta ciudad.

Al leer lo anterior, creerán que el narrador odia esta metrópolis, pero, al contrario, la amo, porque es la

ciudad donde nos criamos y donde está nuestro futuro. Con estas palabras quiero evidenciar mi desosiego por mi ciudad, por la extinción de nuestro bello dialecto. La muerte nos hace pucheros día a día, pero los demás solo la critican, la destruyen, la roban, la asesinan, abusan de ella, viven de ella, habitan en ella por un tiempo, trabajan en ella y su decir es “esta nevera es un caos”, aunque la realidad es que aquí hasta el caos es hermoso.